



# Cortázar, una ausencia presente

La viuda del escritor evoca con Mario Vargas Llosa la amistad de los tres

WINSTON MANRIQUE SABOGAL  
**El Escorial**

“¿Encontraría a la Maga?” (*Rayuela*)

¿Quién es? ¿Dónde está? ¿La han visto? Y las miradas del salón la buscaban sin encontrarla. Hasta que Aurora Bernárdez con su pelo blanco entró despacito mientras creaba un camino de murmullos a su paso, se acercó a la mesa principal y se sentó en la silla para escuchar en silencio a Mario Vargas Llosa hablar de su marido: Julio Cortázar. Atendía serena los elogios y recuerdos; cuando el Nobel de literatura terminó de hablar, lo miró, y tras un suspiro le dijo con una sonrisa:

—Cuánto me ha gustado conocer a Aurora y a Julio, por el trato que has hecho de nosotros.

Las risas del público hicieron reír sonoramente a los dos. Así quedaba abierto oficialmente el juego de dos viejos amigos que una noche de diciembre de 1958 se conocieron en París. Ahora, 55 años después, evocaban no solo esa amistad, sino la del amigo más importante de entonces. Aquella velada, el veinteañero Vargas Llosa estuvo hablando con una pareja toda la noche, sorprendido por la inteligencia de ambos y su ingenio para expresar ideas e intercambiar opiniones que hechizaban a todos. Solo al despedirse supo que se trataba de Cortázar y su mujer.

Con el tiempo el escritor argentino se convertiría en uno de los mejores amigos y en uno de los modelos y mentores de Vargas Llosa. Y las invitaciones que la pareja le hacía a su casa de París eran la felicidad real. Revelaciones de una conversación in-



Aurora Bernárdez y Mario Vargas Llosa, ayer en el homenaje a Julio Cortázar. /CARLOS ROSILLO

## Aurora Bernárdez quiso despejar dudas y aseguró que ella no era La Maga

édita entre dos amigos que a veces, como adolescentes, se quitaban la palabra uno a otro empujados por el entusiasmo de contar qué recuerdos siguen en su vida intactos. Y como dos amigos se siguen preguntando cosas que antes no se habían atrevido y que aprovechan en este homenaje *Cortázar y el Boom Latinoamericano*, uno de los cursos de verano de El Escorial, de la Universidad Complutense, organizado por la Cátedra Vargas Llosa.

En esa noche de 1958 el mito y la leyenda en torno a Cortázar ya empezaban a tener forma. El Nobel peruano sigue con el juego de “Yo pregunto y tú dices la verdad”. ¿Es verdad que se presentaron a las pruebas de traductores de la Unesco en París y sacaron los dos primeros puestos, y que les ofrecieron un contrato fijo pero que rechazaron con el argumento de que preferían tener tiempo para leer y escribir?

—Sí. Y, tal vez, el primer puesto lo obtuvo Julio. Y le había podido servir para curarse del complejo de inferioridad. Aunque cuando hicimos el curso para sacar el carnet de conducir lo obtuvo yo primero.

Y, entre risas, las anécdotas se suceden en París, en Roma... Hasta que llega la pregunta que to-

dos los lectores de *Rayuela* quisieran hacerle a Aurora Bernárdez: ¿Es usted la Maga?

—No, dice ella sonriendo con su voz suave.

Y Vargas Llosa insiste: “¿Pero si hay una persona física que se le parezca esa eres tú?”

—No (dice ella de nuevo sonriendo). Ni de lejos.

La conversación se abre paso por los caminos de *Rayuela*. De cómo esa novela entrañable arrasó con la vida privada del argentino y lo convirtió en una figura pública. Finalmente Vargas Llosa le pregunta: “¿Qué crees que va a quedar de Cortázar?”

—No tengo idea. Hay que esperar 50 años más... Julio quedará en el repertorio de esos escritores ausentes que estarán siempre presentes.